

especie de codicia, que engendran sólo crímenes y vienen a encontrar por felicidad el amarguísimo acicate de su propia ruina, acerado en los tenebrosos antros de su desesperación, y sepulcro cavado por sus destructoras manos.

Hay que apartarse de esta sociedad sin Dios, hay que precaverse y armarse en contra de ella, es preciso que por grandes que sean nuestros pecados, tengamos la certeza de que Dios está siempre dispuesto a perdonarnos, con la sola condición de que los reconozcamos y humildemente los confesemos. Más aun; creemos que las almas, que han de enseñar a las impías sociedades modernas los caminos de la humildad, habrán de distinguirse en este sincerísimo ejercicio del propio conocimiento y confesión de sus faltas. Almas que podrán ser todo lo desproporcionadas que se las quiera concebir naturalmente para conseguir tales fines, pero que en eso probarán de hecho que viven en un orden superior al de la naturaleza, comprobándose en ellas que Dios es el que se complace en escoger instrumentos débiles para hacer obras gigantes.

Almas dichosas que os sentís llamadas a vivir la vida de la gracia en este mundo; almas escogidas que tal vez anheláis colocaros a la vanguardia de los ejércitos de la gloria de Dios, por secreto, pero fervoroso impulso de la gracia; hija de mi alma, que lees estas líneas y escuchas en los senos de tu espíritu las más ardientes ansias de que Jesús sea glorificado en María y de que las almas de todos los hombres vengan al redil de la Iglesia santa, no desmayes ante lo gigante de la empresa, si de veras eres humilde. No eres tú quien has de hacer, tú eres un mero instrumento, que tanto será más útil cuanto más perfectamente puedas ser manejado por las manos de Jesús. El es el salvador, tú un eslabón de su cadena, un nudo de su red.

Reconoce tu ineptitud para luchar en contra del naturalismo reinante, mira tu ignorancia y no olvides tus prevaricaciones y sintiendo con la Samaritana la presencia de Dios en tu alma confiesa tus prevaricaciones y reconoce la virtud divina de Cristo y por ella impulsada lánzate a toda empresa por grande que sea, que siempre podrás decir con el Apóstol que todo lo puedes en Aquél que te conforta.

Y no te extrañe no obrar ayudada de la virtud divina cuantas maravillas te inspire la misma gracia, cuando pongas por fundamento el reconocimiento interior y la confesión sincera de tus pecados, que no a menos costa alcanzó la Samaritana el verdadero conocimiento de Dios y de su Cristo y fué trocada de pública pecadora en eficazísimo apóstol del Mesías.

Innumerables son los ejemplos que comprueban la fuerza de atraer la gracia de Dios, que tiene la humilde confesión de los pecados, pero no son menos los que publican cuan cierto es que, para no alcanzar las divinas misericordias, nada hay tan seguro como la altiva inconsideración de la falta cometida delante de Dios. No confiesa su fratricidio Caín y es reprobado; Saul promete vengarse del profeta que le hace ver su pecado; Judas no confiesa su traición, ni ante la suavísima presencia de Cristo, y ambos, como señal inequívoca de condenación, se suicidaron. Giezi oculta su pecado al profeta Eliseo, y es cubierto de la lepra de que acababa de ser curado Naman. David es adúltero y asesino, pero el Miserere lo levanta de nuevo a la gracia del Señor.

Ezequías y David son perdonados porque humildemente reconocen su pecado. ¿Quién más ingrato que el Rey profeta entre los más grandes pecadores públicos de la antigüedad? El *peccavi Domino* del magnánimo Rey merece una respuesta digna de Dios por boca del profeta Nathan que le dice: *El Señor ha olvidado tu pecado: no morirás*. ¿A quién no conmueve la ternura y eficacia con que el divino Maestro defiende a la mujer adúltera, que en su humilde actitud confiesa el pecado de que la acusan? Y a la mujer de Magdalo ¿no le fué perdonado mucho, porque en la humildad de sus obras confesaba pecadora, como el que más, y por eso recibió como los que aman mucho? Y por decirlo todo en el más sublime de los ejemplos de clemencia de un rey que se sienta en su trono de piedad ¿quién por rudo que sea de alma no se siente conmovido ante el incomparable cuadro que se ofrece a nuestra consideración contemplando al Redentor divino clavado en la cruz y prometiendo a Dimas, la posesión del reino de los cielos? Dimas era salteador de camino, público ladrón y ladrón violento sin duda; y para ser perdonado, aparte de lo que por dentro sintiera, sólo sabemos que dijo estas palabras que rebosan humildad: *Acuérdate de mí cuando estés en tu reino*.